

Corazón y Rostros del Amor Humano

Por ENRIQUE E. FABBRI S. J.

"...El amor no tiene valor alguno, sino cuando su objeto es amable y en el sentido pleno de la palabra, es decir, si es bueno en sí mismo y capaz de comunicar esa bondad..." (PIO XII, Radiomensaje a las Religiosas de clausura, 29-VII-1958).

DESDE la niña que despierta a la adolescencia hasta el anciano que margina ya el ocaso de su vida, todos creen tener una opinión formada sobre el amor. No hay novela, poesía o drama, film, radioteatro o espectáculo televisivo que no utilice en diversas proporciones ese ingrediente. Se lo confunde con el sexo, con la emotividad, con el altruismo, con la felicidad, con la seguridad. En muchas conciencias el amor se reduce a una sobretensión que vive desbocada en medio de una incontrolable exaltación de lo sentimental. Un tal amor vegeta en una atmósfera silvestre, irracional y de desenfrenada emoción. La

misma palabra *amor* está sujeta continuamente a un desgastante proceso de erosión. Dice J. Guitton:

"Esta palabra es engañosa en todas las lenguas, pues se la aplica indistintamente a Dios y también a las relaciones de hombre y mujer. Cada uno le da su propio tinte conforme a su ánimo e inclinaciones. Pecado, error, ambigüedad, se alojan cómodamente en ella; y esto parece ser una costumbre ancestral". (1)

(1) "Ensayos sobre el amor humano", Sudamericana, Bs. As., 1957, p. 7.

Todos corren ilusionados tras el amor; pero muy pocos lo encuentran, porque lo buscan en donde no está. (2)

El mundo actual muere de lenta asfixia porque le falta amor. Un cáncer vergonzoso, pero cuidadosamente disimulado, lo va corroyendo y desintegrando. Es el egoísmo, es decir el *anti-amor*. Urge un esfuerzo sincero y perseverante de recuperación del amor que ha de brotar del núcleo personal de cada hombre y mujer.

Platicaremos suscintamente sobre el amor. Nos contentamos con desgranar una serie de reflexiones en torno al misterio del amor humano, haciendo hincapié en el conyugal. La vida es la gran maestra del amor, pero no siempre se la sabe pacientemente escuchar. Sólo desembocarán en un amor lenificante y verdadero aquellos que han aprendido a bucearlo en lo más íntimo de su naturaleza humana y quieren vivir de acuerdo a lo que les dicta su ser profundo de hombres. Estas consideraciones sólo tienen por fin estimular a vivir en el seno del verdadero amor y ayudar a formarse una recta doctrina sobre el sentido y el misterio del mismo.

(2) "La esencia del amor está en darse uno mismo a otro ser, y ningún proceso es capaz de explicar ese don. Representado a través de ese lenguaje, el don del amor pierde precisamente su característica, la de ser un don. Aparece entonces ya como un cálculo sutil, ya como una satisfacción sentimental, ya como una cristalización análoga a la de los minerales, ya como un éxtasis novelesco, ya como una función fisiológica, ya como un rito sociológico, ya como una cura mediante la psiquiatría, ya como una enfermedad del sentimiento de existencia; y aunque hayamos llegado al límite actual de las explicaciones por reducción, esta lista no se ha cerrado aún. Por cierto el amor e todo esto bajo algún aspecto, pero tiene cada uno de estos caracteres accidentalmente y por añadidura". (J. GUITTON, "Ensayos sobre el amor humano", p. 85).

● SENTIDO Y ESPECIES DEL AMOR

El mismo concepto de amor se muestra tan rebotante de polivalencias que se hace terriblemente engañoso y ambiguo. Jean Guitton lo ha sabido recortar con exactitud en su núcleo primordial:

"Para amar hay que salir de sí, encontrar y crear al otro y al mismo tiempo dejarse encontrar y crear; esto supone igualdad y reciprocidad en la diferencia de sexo".
(3)

El amor es una relación fundamental y perfecta entre dos personas. En otras palabras, es un lazo interno de unión que se establece entre dos personas de una manera más o menos estable —de por sí el amor tiende a ser estable— que trae consigo una perfección, o mejor, una plenificación de ambos amantes, o por lo menos de uno. Y digo esto último para incluir el caso de un amor puro y sacrificado, no correspondido, y el amor divino, porque Dios no recibe ningún aumento en su perfección por el hecho que nosotros lo amemos. (4)

El cuerpo humano no es ajeno a la actitud de amor; interviene necesariamente como uno de sus componentes. Digamos, por lo tanto, que el amor humano es la voluntad de promoción mutua externamente manifestada por la propia corporeidad.

El amor es único en su corazón, pero múltiple en sus formas. De los diferentes

(3) "Ensayos sobre el amor humano", p. 39.

(4) "...existe un abismo entre el amor que los hombres tienen por Dios y el amor que Dios tiene por los hombres, que es el único amor verdadero, porque es el único desinteresado y antecede a todos los demás". (J. GUITTON, "Ensayos sobre el amor humano", p. 201).

lazos de unión que pueden darse entre las personas que se aman, nace la especificación de ese mismo amor, porque las relaciones que se pueden establecer entre dos personas son de diverso contenido y matiz. Se habla, por ejemplo, de amor fraternal, de amor paternal y maternal, de amor filial, de amor de amistad, de amor conyugal, de amor de Dios. Todos están englobados en la palabra *amor*, pero su ejercicio es diverso porque se orientan diversamente a la persona amada en función del diverso fundamento que sirve de base a esa unión: o lazos de dependencia de Creador a creatura, de Redentor a redimido, o lazos de sangre, o de convivencia mutua, o lazos de unión íntima entre dos sexos complementarios. Bien puede decir J. Guitton de esta última especie de amor:

"Si bien el deseo recibió el nombre de Eros y la amistad el de Philia, el amor del hombre por la mujer continuó innominado durante largo tiempo, y en cierto modo permanece aún así, ya que no hay un nombre que le sea propio". (5)

La raíz del amor, el centro vital de donde brota, es siempre el mismo: el amor nace en el corazón espiritual del hombre y se expresa a través de todo su ser concreto psico-somático (6). El amor se engendra en el centro más profundo

del hombre, su ser espiritual y libre; resuena en una gama variada de sentimientos, y se corporaliza en gestos y actitudes visibles que hacen vibrar de una manera orgánico-espiritual peculiar al varón y a la mujer. De aquí se sigue que sólo se dará verdadero amor cuando cada uno de los componentes que lo explicitan y manifiestan se mantiene en su puesto correspondiente y se completa arquitectónicamente dentro del todo. Cuando se valora exclusivamente uno u otro de sus aspectos con descuido de los otros o con negación del todo, no hay verdadero amor porque faltan uno o muchos de sus elementos esenciales. A lo más saldríamos al encuentro de un amor manco, truncado.

El amor aparece en el hombre en el momento en que como en un relámpago se intuye un valor espiritual presente en otra persona que plenifica al amante en el mismo entregarse al amado para buscar el bien de éste. Es una captación instantánea, pero clara y profunda y de duradero efecto —que no puede de por sí expresarse claramente en conceptos, sino sólo más o menos describirse— por la que una persona *siente* que esa inclinación naciente hacia otra persona le aporta la propia plenificación por el simple hecho de buscar el bien de la otra: el amado perfecciona al amante por el don de éste a aquél. El amor no es buscar conciente-

(5) "Ensayos sobre el amor humano", p. 8.

(6) Podríamos ver en el comienzo del amor en un ser humano un tipo de *empatía*. Por ella entendemos una forma de aprehensión no verbal del mundo exterior. Constituye un proceso de identificación, expresado a menudo por un gesto, gracias al cual se llegan a sentir los sentimientos del otro y a realizar con él una comunión afectiva, innaccesible a otros modos de comunicación. Este fenómeno es estudiado en la psicología experimental desde el comienzo del siglo, pero todavía no está bien conocido. Se asemeja a la proyección;

constituye un modo de comunicación, diferente del lenguaje, que permite a un individuo, por identificación con otro, experimentar los sentimientos de este último. Realiza, por consiguiente, un particular modo de aprehensión que engendra inmediatamente un afecto, es decir un estado afectivo elemental de placer o disgusto, sin que haya una previa reorganización cognoscitiva conciente. La empatía constituye, por ejemplo, uno de los elementos esenciales de la emoción artística en la que generalmente falta la comunicación verbal: se sabe, en efecto, que la poesía evoca, pero no dice.

mente la propia perfección. Esto viene como por añadidura. El amor verdadero dice querer el bien verdadero de la persona amada, pero al buscarlo sinceramente recibe el amante una plenificación personal. (7)

La jerarquía y especificación del amor nace de la dignidad de las personas y del grado de intimidad de su unión. La cumbre del amor, por su profundidad e interioridad, es el amor trinitario en el mismo seno de la vida divina, y junto a él, como una exteriorización de este misterio, el amor del Dios trinitario para con el hombre y el de éste, llamado a participar de la misma vida divina, para con El: el bautizado recibe gratuitamente una vocación de amor que lo capacita para amar al Padre por el Hijo encarnado en el Espíritu Santo. Luego se sigue toda la gama de los amores humanos, empezando por el más íntimo, el amor conyugal. Por eso el amor entre esposos fue elegido por el mismo Cristo como símbolo de su unión sobrenatural con la Iglesia.

El amor ha de ser siempre *personal*.

(7) "¿Qué es, en efecto, darse a otro? Es comprometerse a ocuparse del amado, a hacerlo existir más plenamente. Pero el amante desvalorizaría el valor de su amor, si no quisiese que el amado lo participase y fuese amante a su vez. Querer que otro sea amante, es querer que ame en mí aquello por lo cual yo puedo y quiero amarlo; es querer que él me ame. "Soy para tí" quiere decir: cuenta conmigo para tí, me consagro a tí. Pero la expresión es equívoca y es lógico que así lo sea. También, en efecto, significa: cuento con algo en tí para ayudarme a ser digno de tí y capaz de serte útil. Ayúdame a ayudarte. Te quiero tal que pueda a mi vez entregarme en tus manos para que me dones más valor. Por el hecho que me apegó a tí, te hago de una naturaleza capaz de transformarme para tí. Al mismo tiempo tengo fe en tí y en mí, espero en tí y en mí; mi amor es simultáneamente una invocación que te dirijo y que me dirijo". (M. NEDONCELLE, "Vers une philosophie de l'amour et de la personne", Paris, 1957, p. 32).

Supone una relación de personas, base de reciprocidad e intersubjetividad; pero no necesariamente ambas han de ser humanas o de diferentes sexos. Es amor genuino el que se tiene a Dios y el que se manifiesta entre dos hombres amigos. Este sentido, profundo y trascendental, del amor ha sido en gran parte perdido por grandes sectores de nuestro mundo actual. El hombre contemporáneo tiende a llamar amor al atractivo que se experimenta frente al otro sexo y se ha empeñado en desvirtuarlo y desespiritualizarlo tanto en su literatura como en su concepción de vida.

Mas el verdadero amor jamás tolera estas caricaturas de sí mismo, por más disimuladas que sean, al lado suyo. Exige de ambos amantes un *don total de sí mismos*: es amor de toda la persona a toda la otra persona, buscando sincera, sacrificada y mutuamente el verdadero bien de la otra. Quiere conscientemente y con todo el ser una total *común-unión* entre dos personas: no hambrea un bien parcial o limitado, sino una totalidad plenificadora. La pluma sintética de San Ignacio de Loyola dejó grabada en rasgo perenne esta característica fundamental del amor:

"El amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así por el contrario el amado al amante; de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riqueza, y así el otro al otro". (8)

● LOS COMPONENTES DEL AMOR HUMANO

Dos son sus componentes esenciales: el *completivo* —"amor de concupiscencia"

(8) "Ejercicios Espirituales", n. 231.

de los escolásticos, o "amor egocéntrico" de los psicólogos— y el *oblativo*—"amor de benevolencia" o "amor altruista"—. En una terminología moderna podríamos también llamar al primer componente *amor de deseo*, y al segundo *amor directo*. (9)

Por el componente completivo el amante busca un bien personal para sí. El hombre se siente psicológicamente atraído a querer a otra persona, porque de esa manera llega a la perfección de su ser. Amar así es percibir en el otro la posibilidad de desarrollar lo mejor de sí mismo por medio de él. Tal búsqueda se funda en los llamados *valores de atracción*. El ser humano se siente atraído a otra persona, porque amándola se enriquece, se complementa, se hace él mismo más pleno y más perfecto. (10)

No olvidemos que cada uno de los componentes del ser humano tiene su fin apropiado al cual está dinámicamente orientado, es decir tiende a un objeto que lo actualice perfeccionándolo en su propia línea. Pero instintos, sentimientos, la variada gama de lo biológico, lo psíquico, lo espiritual sólo logran su real perfección si son actualizados o sanamente re-frenados dentro de un todo arquitectónico coordinador dictado por el bien integral

(9) "Por conveniencia llamaremos de aquí en adelante al amor *amicitiae* (amor de benevolencia) *amor directo*, esto es un amor que va derecho al término, querido en sí mismo y por sí mismo, y que se reposa en sí mismo; y al amor *concupiscentiae*, *deseo*, esto es un amor que implica una nueva referencia de su término a algo que está más allá de ese mismo término... Ninguno de estos dos tipos de amor puede existir en la creatura sin el otro, y por eso ninguno de los dos puede ser entendido si se lo aísla en su consideración del otro". (R. JOHANN, "The Meaning of Love", Londres, 1954, p. 10).

(10) Por esto podemos también llamar a este componente amor *captativo*. En efecto todo amante tiende a captar, poseer, hacer suyo todo lo que se presenta en el otro como un bien.

de toda la persona humana. El amor, por supuesto, no puede escapar de esta ley: el hombre ama a otra persona porque esa realidad lo complementa plenificándolo en la línea de su ser. A este aspecto completivo del amor, que más que amor podríamos llamar *el mecanismo psicológico del amor humano*, lo consideramos como esencial componente de todo amor, pero como tal subordinado al corazón del amor, que es su aspecto oblativo. Por esto mismo, este componente del amor se deforma cuando se lo utiliza como único y exclusivo motivo de amar a otra persona. En tal caso estamos frente a un amor que no ha madurado, que se ha varado en un estadio regresivo, infantil.

Por el componente oblativo del amor el amante no busca libre y concientemente su bien personal, sino el bien personal de la persona amada. Poéticamente lo describía un monje del siglo XIV:

"El amor saca al amante de sí y lo coloca en el lugar donde está el bien del amado; y quien ama se halla mucho más allí donde ama que no allí donde respira..." (11)

De este mismo amor habla San Pablo cuando escribía a los Romanos: "El amor no ocasiona ningún mal al prójimo" (Rom. 13, 10). Tal búsqueda se funda en los llamados *valores de inclinación*, que suponen un dinamismo libre y un consentimiento humano. El amante se inclina al otro porque siente el deseo de hacerle un verdadero bien y decide libre y amorosamente contribuir a lograr la perfección real del amado. Ya no estamos frente a un mecanismo, sino delante de un don:

"El amor es un don. Mas, ¿qué es un don? Nos encontramos fren-

(11) Juan Von KASTEL, monje benedictino, en su opúsculo "De adhaerendo Deo".

te a una de esas palabras primitivas que es difícil definir reduciéndolas a una noción más simple; todo lo que podemos hacer es aclararlas por oposición. Un don es un acto que está más allá de todo interés y del que no se espera nada en retorno; sin esto dejaría de ser un don para convertirse en un cálculo. El don es desinteresado, es gratuito; se colocaría más allá de todo apremio, más allá de toda razón, si la razón fuera un apremio. Por otra parte, el don, cuando es hecho por el ser humano, exige que ese ser se prive de lo que tiene. No existe don verdadero sin un cierto sacrificio de sí; en el don del amor hay necesariamente pérdida de substancia, privación de posesión, mortificación, como nos lo señala la naturaleza en el caso de aquellos insectos donde el amor y la muerte son para el macho una misma cosa. Sin duda el don es agradable; resuena en todas las regiones del ser; y cada una de las cuerdas de nuestra naturaleza devuelve un sonido que le es propio. Pero, aún en sus gozos, la esencia del amor no está en el gozo sino en la idea de que este gozo es un símbolo y un efecto del amor, que está dado con el amor, y que se duplica con el gozo del otro. El acto más elevado del amor no es, pues, el de recibir, sino el de dar. Es allí donde está la diferencia entre el amor y la pasión, siendo ésta un amor sin sacrificio y por consiguiente sin un don". (12)

La oblatividad, sin lugar a dudas, constituye el núcleo distintivo del genuino amor. En este componente del amor domina la idea de abnegación (salir de sí), de servicio voluntario, de ofrenda desinteresada de su persona a la persona amada. Es el *don de sí* para lograr la expan-

(12) J. GUITTON, "Ensayos sobre el amor humano", p. 85.

sión plena y real del ser amado. En esta misma entrega el hombre maduro *experimenta* la plenitud de su propio amor: en este desvanecerse del yo en la entrega sincera al tú para fecundar y alimentar en el amado todas sus rectas y buenas virtualidades, se engendra la estupenda paradoja del amor por la que el amante se recobra más pleno a sí mismo, sin que se propusiera en lo más mínimo la propia plenitud en la actualización de su amor. Esta oblatividad da su sentido y finalidad a todos los otros componentes y aspectos de las diversas especies de amor humano. El finaliza y personaliza, por ejemplo, al amor sexual y erótico, que sólo son plenos si pierden su propia autonomía frente a ese componente que da a todo amor su espíritu y su toque personal (13).

No nos extrañemos, por lo tanto, que la Iglesia haya considerado al amor como un verdadero don:

"El verdadero y puro amor es el don de sí mismo; es el anhelo de difusión y de donación total, que es esencial a la bondad, y por el que Dios, Bondad infinita y Caridad substancial, se movió a efundirse en la creación..." (14)

(13) "Tal amor penetra hasta el núcleo de la persona humana, hasta su estructura íntima para descubrir allí lo que precisamente constituye un ser único y no un espécimen. Es un sentimiento que pone en valor toda la personalidad de los amantes, que despierta y estimula en ellos los dones ocultos, las posibilidades todavía adormecidas... El amor es frecuentemente extralúcido: amar a un ser es verlo tal como Dios lo ha concebido; representa un ideal que hay que alcanzar y servir. En este sentido el amor superior se reviste en cierto modo de un carácter religioso, que lo relaciona a lo absoluto". (O. FOREL, "L'accord des sexes", Payot, París, 1953, p. 97-98).

(14) PIO XII, "Aloc. a los recién casados, 3-IV-1940; ver La Familia cristiana, Poblet, Bs. As., 1951, p. 67, n. 67.

● LAS CUALIDADES DEL AMOR

Los dos componentes fundamentales del amor —el completivo o captativo y el oblativo— se presentan revestidos de una serie de cualidades. Destaquemos las más importantes.

En primer lugar un amor real y genuino es *totalizante*. Con este adjetivo afirmamos que el amor verdadero moviliza toda la personalidad del amante hacia el amado y no tolera una entrega fragmentaria del amado. Todo el ser personal del amante toma parte en la expresión de amor para con el amado y busca el verdadero bien de él mediante el esfuerzo expresivo de toda su estructura bio-síquica y espiritual. Espera, además, del amado una respuesta tan total y personal como ha sido su entrega (15). En tal acto de amor no hay oposición propiamente entre lo biológico, lo fisiológico, lo psicológico y lo espiritual. El amor es siempre *uno*: en el verdadero acto de amor participan al unísono las esferas instintivas, afectivas, intelectuales y espirituales, porque es un acto de toda la persona. Cada una de esas esferas obra arquitectónicamente armonizadas en un todo personal, que dicta la conducta que se ha de seguir en las manifestaciones de

(15) E. FROMM dice algo semejante: "El amor sólo es posible cuando dos personas se comunican entre sí desde el centro de su existencia, por lo tanto, cuando cada una de ellas se experimenta a sí misma desde el centro de su existencia... Experimentado en esta forma, el amor es un desafío constante; no es un lugar de reposo, sino un moverse, crecer, trabajar juntos; que haya armonía o conflicto, alegría o tristeza, es secundario con respecto al hecho fundamental de que dos seres se experimentan desde la esencia de su existencia, de que son el uno con el otro al ser uno consigo mismo y no al huir de sí mismos..." ("El arte de amar", Paidós, Bs. As., 1959, p. 113).

amor, conforme a las diversas especies de amor que ya conocemos.

Todo acto de real amor se entabla en *una relación de tipo exclusivo* entre ambos amantes, pero de una exclusividad bien peculiar. Anhela siempre en su plano existencial la unión plena entre dos personas. No rechaza a los otros de su acto de amor mutuo, pues se mantiene en una actitud abierta hacia los terceros; pero actualiza su amor hacia ellos aumentando indefinidamente y en los más diversos planos esas mutuas relaciones entre dos (16). Se ama al otro como si fuese el único; pero los amantes se aman verdaderamente abriéndose al amor de los demás. Es una de las grandes paradojas del amor.

El verdadero amor es *fecundo*. Por el mero hecho de permanecer, en su misma totalidad y exclusividad, abierto a terceros siempre trae consigo la presencia de un fruto; móvil, símbolo y efecto del amor que testifica la veracidad de una actitud amorosa, plena y madura, entre ambos amantes. No hay perfección en el amor, si la acción de amarse no incluye para ambos amantes la *creación plena* de un nuevo ser, ya en el orden físico —el hijo— ya en el orden espiritual —la real promoción humana y cristiana del amado y de terceros.

El amor es también *sincero*: huye de todo artificio y embuste. El amante se entrega para el verdadero bien del amado.

(16) El gran pensador alemán, ya desaparecido, Ferdinand EBNER, insinúa profundamente esta misma idea en uno de sus libros: "En este mundo vivimos los hombres separados unos de otros como millones de "yos" (¡extraño plural!) unidos únicamente por el amor. Pero, ante Dios, todos nosotros (absolutamente todos, pecadores y santos, buenos y malos, cuerdos y locos) somos un solo "yo" frente a un solo "TU", puesto que el yo y el tú no conocen pluralidad". ("Wort und Liebe", Ratisbona, 1935, p. 287).

Este se siente aceptado por lo que él es; experimenta el gozo profundo de sentirse persona frente al amante y de ver aceptadas sus posibilidades, por pequeñas que sean, como útiles para colaborar en una *con-creación* (17).

El amor no es algo dado como una dote. Es *dinámico*, de un dinamismo estimulante que se va construyendo, edificando de día en día, a lo largo de toda una vida. Ambos amantes han de conservar, en cada uno de sus actos, una voluntad lúcida de darse enteramente, tales como son; y cada uno acepta al otro plenamente para desarrollar en él sus virtualidades (18). Tal plenitud en el cristiano ha de ser considerada en función de un bien superior que trasciende el plano meramente humano de los amantes: ambos, en efecto, están bajo el influjo viviente del germen bautismal que los ha orientado, por Cristo, en Cristo y con Cristo,

(17) Dice el mismo E. FROMM: "Tener fe en el amor requiere coraje, la capacidad de correr un riesgo, la disposición a aceptar incluso el dolor y la desilusión... Amar significa comprometerse sin garantías, entregarse totalmente con la esperanza de producir amor en la persona amada. El amor es un acto de fe, y quien tenga poca fe también tiene poco amor..." ("El arte de amar", p. 136-137).

(18) E. FROMM llama a esta cualidad *actividad*: "El amor es una actividad: si amo estoy en un constante estado de preocupación activa por la persona amada, pero no sólo por ella. Porque seré incapaz de relacionarme activamente con la persona amada si soy perezoso, si no estoy en un constante estado de conciencia, alerta y activa... Estar plenamente despierto es la condición para no aburrirnos o aburrir a los demás —y sin duda no estar o no ser aburrido es una de las condiciones fundamentales para amar. Ser activo en el pensamiento, en el sentimiento, con los ojos y los oídos, durante todo el día, evitar la pereza interior, sea que esta signifique mantenerse receptivo, acumular o meramente perder el tiempo, es condición indispensable para la práctica del arte de amar..." ("El arte de amar", p. 138).

a la visión amorosa del Dios viviente en la plenitud de los tiempos.

El amor, por último, es *duradero*. Bien lo apuntaba el autor del *Cantar de los Cantares* cuando escribía: "*el amor es más fuerte que la muerte*" (8, 6). Y se explica la causa; sólo un amor así cualificado puede ser real y totalmente personal. Por algo las exclamaciones "¡siempre!", "¡para siempre!", "¡jamás moriremos!" figuran en el vocabulario más ordinario del amor. Un amante que se entrega sin renunciar a toda posibilidad de recobrar su libertad, se entregaría negándose. Cuando se ama no se prevé el día en que ya no se amará. Cuando aparece una tal preocupación despunta ya el indicio de que no se ama. Hay en el amor un dinamismo de *eternización* que quiere llevar al hombre más allá del tiempo. Por eso, todo condicionamiento temporal del amor es signo de que allí falta una verdadera madurez.

El amor, en síntesis, es un don total y recíproco de persona a persona que excluye toda recuperación y partición. Por eso ha de ser siempre creciente, total, uno, fecundo e indisoluble.

● EL PRIMADO DEL AMOR

Si en todo amor verdadero el amado alcanza por el componente completivo su plenitud en la posesión del amado, y logra por el oblativo su real y total perfección en su entrega al verdadero bien del amado, se sigue que el amor-altruista tiene primacía sobre el amor-pasión o egocéntrico. El hombre sólo llega a su meta perfectiva entregándose por el bien del otro, aun a costa de su comodidad personal. Jesucristo aclaró plenamente esa primacía del amor oblativo sobre todo amor de concupiscencia al ponerlo como

principio de toda verdadera vida superior. El nos dijo en su evangelio que "*nadie tiene amor mayor que el de dar la vida por sus amigos*" (Juan, 15, 13) y rubricó su dicho con su sangre, muriendo por nosotros para hacernos participar del mismo don de la vida divina.

El hombre que busca reflejamente sólo su bien personal cualquiera éste sea, que sólo se deja guiar por el aspecto completo de su capacidad de amar y desprecia o descuida el aspecto oblativo, vive su amor de un modo truncado: ha mellado la punta de esa lanza y va siendo devorado por un egoísmo estéril y avasallador. Y toca al amado ser el instrumento, conciente o inconciente, de la destrucción de ese pseudo-amante. El amado, en efecto, exige desde las honduras de su naturaleza ser querido *a título de persona*; por todo lo que él puede dar y no solamente por sus atributos de atracción. El acto de amor reclama una relación humana tan íntima, tan comprometedora y, por eso mismo, tan susceptible, que todo lo que trae consigo el riesgo de hacer del amado un medio de placer más que un fin de promoción provoca, a la larga, un sentimiento de hastío y de rechazo y deja en el ser humano una herida desgarrante, que sólo cicatriza cuando el hombre se abre al verdadero amor y florece en él. Todo amor así *desfinalizado* deja de ser personal. Se hace un instrumento de placer egoísta; pierde su característica fundamental de ser un don de sí, nacido de la persona y puesto al servicio de otra persona. Ya no es más una tentativa de creación; se parcializa, decae, y termina por hacerse neurotizante. Si el hombre cuando ama no se entrega generosamente a la búsqueda del verdadero bien del amado, gozará una satisfacción siempre parcial, limitada, desalentadora y al final cargada de hastío y hasta de náusea. Lo

único que hace a su egoísmo, por así decirlo, genuino es el salir de él para lograr el bien del amado. Allí el amante volverá a encontrar su propio y verdadero bien: sólo en la medida que amo *directamente* a otro como persona y no como medio, me amo verdaderamente a mí mismo.

La fuente y origen del amor altruista es para el cristiano el *amor de caridad*. La caridad es amor de Dios por quien El es y es amor de todos los hombres como a nosotros mismos porque en ellos está de una u otra manera Dios. Dice J. Guittou:

"Jesús sustituye el Eros (amor-pasión) por la Agapé (amor-caridad) como principio de vida. Exige de los suyos una entrega total, y al mismo tiempo les obliga a amar a todos los hombres bajo el sacramento del prójimo. Sustituye, pues, ese principio de fervor sensible, concentrado en sí mismo, donde el prójimo no es más que ocasión y medio, por un principio de actividad insensible, orientada a la consagración, donde el prójimo es a la vez fin y término". (19)

Cristo exige de todos los cristianos una entrega total a El y al mismo tiempo impone el deber, nacido de ese mismo amor, de amar a todos los hombres, eficazmente significado por la actitud de amor que se ha de manifestar para con todos los que están cerca, esto es aquellos con quienes se convive. Hemos de amar con un amor sobrenatural de benevolencia, reboante en lo posible de comprensión y simpatía, a todos los hombres que giran en torno nuestro. Así realmente *damos testimonio* de que el cristiano ama a todo hombre, aún a los que nos hacen mal,

(19) "Ensayos sobre el amor humano", p. 51.

porque todos están cubiertos por la misma sangre redentora. Como si Cristo nos dijese: "si no amáis de veras y con un corazón humano, de carne, a aquellos con los que tratáis todos los días, podéis desconfiar de vuestro amor universal de caridad para con todos los hombres; porque si no sabéis amar a los que con vosotros conviven, os engañáis si afirmáis sentir amor de caridad por los muchos que en otras partes sufren". El ejercicio de nuestro amor en nuestra vida diaria de relación es la prueba visible de nuestro amor en caridad a todos los miembros de la Iglesia, cuerpo visible de Cristo. Y nunca olvidemos que sin caridad es imposible la vida cristiana verdaderamente tal.

Bien pudo decir San Juan que el que no ama a su hermano, que se ve —por lo tanto, al que está cerca mío— cómo va a amar a Dios que no se ve (I Juan 4, 20). Cuando no hay amor al prójimo —y en forma concreta, al que está al lado mío, con el cual convivo— no hay todavía caridad grande, universal en mi corazón: "que el que ama a Dios *ame también a su hermano*" (I Juan 4, 21). Y la paradoja de este amor de entrega informado por la caridad es que en él encuentra el amor-pasión, de un modo superior, su propia perfección:

"Comprendamos entonces que el amor al prójimo no puede separarse del amor a sí mismo y adivinamos la insondable riqueza de la fórmula "amar al prójimo como a sí mismo". Amarse perfectamente a sí mismo es perderse en el otro, puesto que es encontrar en esta pérdida al ser que nos completa y nos acaba, y que por tanto nos unifica".
(20)

(20) "Ensayos sobre el amor humano", p. 73.

Esta paradoja es susceptible de una buena explicación. El amor-pasión no es exclusivamente una voluntad de acaparamiento y de utilización. Amor egocéntrico no es lo mismo que amor egoísta. El primero es una exigencia psicológica de la naturaleza; el segundo, una aberración del amor. Por eso, cabe en el dinamismo del amor-pasión una necesidad inconfesada de apropiarse del espíritu de desasimiento; un ansia oculta de encontrar su alma perdiéndola (Mt. 10, 39). También el amor-pasión es un deseo de lo mejor, y por eso obedece a un espíritu de elección que termina por adivinar que su perfección está en servir al espíritu de generosidad. Cuando el amor egocéntrico es sincero, *termina por transcender sus límites*, pues descubre que su vocación es convertirse a la liberalidad.

Al terminar estas páginas, en las que hemos procurado diagramar las líneas de fuerza principales para una filosofía y teología del amor, nos viene espontáneamente a los labios la frase que Paul Claudel hace decir a *Doña Prouhèze* en su drama "*Le Soulier de Satin*": "*Es el amor el que debe darme las llaves del mundo en lugar de quitármelas*". Sólo el amor nos hace entrar en el misterio del mundo, y más aún en el misterio del mismo corazón de Dios. San Juan nos dice que el amor es de Dios porque El mismo es amor (I Juan, 4, 7-8). Sólo el verdadero amante conoce lo que quiere decir amar.

Aplicaremos en un próximo artículo estos principios al misterio del amor conyugal.